

nerme al habla con el consecuente escribidor, tuvieron éxito deplorable, y mi curiosidad, espoleada por las dificultades, subía de punto cada noche. Era preciso acabar. Una noche me decidí. Me puse de acuerdo con el fosforero y, dirigiéndome al desconocido, le rogué me prestara un sobre para una carta urgente.

Me dió el sobre y, sin mirarme siquiera, volvió a enfrascarse en su tarea. Le pagué el café. Inútil. Cuando llegó la hora de pagarlo él, no pareció extrañarle la nueva; no preguntó quién había sido, y salió con sus cartas en el bolsillo y sin darme las gracias.

El día siguiente era festivo. Contra mi costumbre, fui al café. Estaba lleno de bote en bote; mi hombre, solo en su mesa, emborronaba pliegos y pliegos. Le pedí permiso para sentarme a su mesa; sin levantar su cabeza contestó con frase nerviosa y breve:

—Haga usted lo que quiera.

En dos ó tres momentos intenté entablar conversación; tiempo perdido. Desesperado en mi empresa, opté por dejar al hombre en su silencio, y me puse á leer un periódico.

De pronto *Don Tostado* alzó la cabeza, clavó en mí sus ojos pequeños y acorados, y sosteniéndose la barba con ambas manos, me dijo:

—¿Por qué me importuna usted? Hace días que veo en usted el propósito de hablarme y mezclarse en mis asuntos. Mal hecho. Un momento tuve la idea de contestarle de manera que no le quedarán ganas de preguntarme más. Lo he pensado mejor; tiene usted buena cara y puedo serle útil. Mi secreto puede servirle. ¿Hoy? ¿Mañana? ¿Quién sabe! Ya le diré cuándo.

Aquella salida me dejó perplejo, y, repuesto, sólo pude aventurar una excusa cortés.

—No, no se justifique usted—repuso.—De nada le servirá. Yo lo advino todo; porque lo advino: sé que su curiosidad no ha de serme perjudicial.

—Yo le aseguro á usted...—dije.

—No me asegure usted nada. Es natural. No es el primer caso. Huyendo de los curiosos, he recorrido todos los cafés de Madrid, hasta llegar á éste, extraviado y lejano.

A esas gentes—dijo paseando una mirada de lástima sobre todos los que se hallaban en el salón—les preocupa, infelices!, verme escribir tanto. Si poseyeran mi secreto, entonces lo comprenderían.

—Ciertamente: es extraño que una persona que tiene tanta correspondencia la despache en el café.

—Y qué me importa á mí de las gentes! En mi casa, los míos, mi mujer, mis hijos, se apoderarían de esto, que es la esencia de mi vida. ¿Me oye usted?

Un ministro de esos que hacen economías me jubiló por enfermo, con una pensión miserable. ¿Qué destino desempeñaba? ¿Mi nombre? Eso no le importa á usted.

Había trabajado mucho. La inactividad me mataba; hasta que un día tuve un rayo de luz, una idea que me rejuveneció y me hizo el amo. De funcionario en un ministerio, de un número en el escalafón, pasó á ser el señor de todos, el rey del mundo. ¿Cómo? Ese es mi secreto; pero va usted á saberlo. El anónimo.

Hice un movimiento de extrañeza.

A *Don Tostado* se le coloreaban las flacas mejillas con oleadas de sangre; los ojos grises se clavaban en mí haciéndome el efecto de mordeduras; los pelos se le herizan; las manos, secas y largas, movíanse de prisá, dando energía á las palabras.

—¿Qué de particular tiene—continué—que usted se extraña, si no me comprende?

El anónimo, sí. Todos los personajes, hasta los más encumbrados, políticos y oradores, artistas y hombres de ciencia, son mis esclavos, hacen mi voluntad y no lo saben. Desde esta mesa,

que es mi trono; con esta pluma, que es mi cetro, domino el mundo.

Y una risa sonora, franca, infantil, llenó el café, excitando la atención de los parroquianos, que jamás habían oído reír, ni aun hablar, á *Don Tostado*.

Este continuó:

—De una carta firmada, ¡quién hace caso! Pero un anónimo tiene la fuerza de lo desconocido y de lo misterioso. Además, una carta á un hombre que se halla en las cumbres de la gloria ó del poder, sin una petición adjunta, es un fenómeno. Yo nada pido. Censuro y dirijo. Al uno le digo: «Ese discurso es un disparate, no debiste decir aquello, no te inclines de ese lado, ves hacia la derecha, sigue la izquierda, acomete el camino de frente.» A otro: «La adulación te pierde; los que te alaban son tus enemigos, que ansian tu caída; desprecia esos triunfos fáciles, lucha, no descanses.»

Al de más allá: «Eres un majadero; te dan calor los que te necesitan; mañana te darán un puntapié.»

El primer anónimo se desprecia; el segundo hace pensar; el tercero es norma y programa de aquel que lo recibe. Lo he visto, lo he palpado; y como mi labor es continua, y mi pensamiento no descansa, y mi mano sólo halla paz en la tarea, desde aquí, desde mi trono, gozo placeres inefabables viendo como los hombres son hijos de mi voluntad y su pensamiento prolongación de mi pensamiento. He aquí mi secreto.

¿Que por qué se lo he dicho á usted?

Porque le juzgo incapaz de comprenderlo y aún de ejecutarlo.

Y *Don Tostado*, metiéndose en el bolsillo del gabán las cartas, ya escritas, abandonó el café con paso firme y tranquilo, como hombre satisfecho de sí mismo y de su fuerza.

Cuando aquella noche llegué á mi casa, llevaba un dolor de cabeza terrible y el convencimiento de que *Don Tostado* estaba loco de remate

Estuve lejos de Madrid algún tiempo, y á mi regreso volví á mi café favorito. El loco ya no estaba en su mesa. Pregunté al camarero.

—Pero no sabe usted!—me dijo.—

Pues aquel señor estaba malo de la cabeza. Dicen que le había dado la locura por escribir anónimos á todo bicho viviente. Aquí, en el café, todas las noches escribía una docena de cartas. Últimamente se las dirigía á él mismo. Una noche al marcharse le dió una cosa en la calle y se cayó en la acera. Cuando llegó el sereno, estaba muerto. Los médicos dijeron que había sido una apoplejía fulminante. En el bolsillo le encontraron un anónimo, de su propia letra, con amenazas de asesinato.

¡En fin, *mochales* perdido!

EMILIO DUGI.

¡TU TÍA!

Será lo que quieras tú, será una monomanía, más por culpa de tu tía estoy dado á Bebeba.

De matarme en la tarea pone á mi amor un logal, y si esto no es criminal ¡que venga Dios y lo vea!

Siempre de mi anhelo en pos, lupo con vana porfía, porque tienes una tía que vale lo menos dos.

Voy á tu casa por verte, pues tuviste me enamora, y ya está allí esa señora que temo más que á la muerte.

Te dice que no me quieras, de su enojo en el exceso, y se irrita viendo que eso es pedir al olmo peras.

Asedio igual no se vé, y esto de la raya pasa; bueno que mande en su casa, pero en la tuya. ¿por qué?

Por ella vivo infeliz en invierno y en verano;

ella, está visto, es un grano que ha salido en mi nariz.

Mas, á pesar del supino odio que sabes le tengo, ¡asúmbrate! hasta me avengo á llamarme su sobrino.

Pues si de su empeño cede, será doble mi alegría al poder llamarle... ¡tía! lo que de vida me quede.

C. C.

¡MONJA!

De monja te han vestido: tu tez pálida sobre el hábito azul está más bella; y es de tus ojos la expresión tan dulces que, sin moverse las pupilas, rezan.

De tu cuerpo las líneas hoy se pierden del severo sayal bajo las telas, y el pensamiento, como virgen santa, en su imagen más pura te refleja.

¡Ay! ya en el mundo, do la farsa brilla, la religión, que nos separa austera, con torpe fanatismo, hora tras hora también el alma que fué mía aleja.

¡Y en vano te esperaba tanto tiempo y de mudo dolor vestí mis penas! ¿Sabes, mujer, lo que es un alma amante que sus dolores á sí misma cuenta?

¿Sabes lo que es llorar al mismo tiempo que tener de sonrisas la faz llena?

¡Ah! no lo sabes, nó, cuando tranquila duerme en tu pecho la gentil conciencia! ¿Que si he sufrido! Tanto... que podría por segundos contar todas mis quejas; más ¿qué vale el dolor de tanto tiempo con el sentido al encontrarte muerta?

Muerts, sí; que el sayal es tu mortaja y el convento la tumba que se cierra: tienes un Dios que nos separa impío... ¡Mi Dios nos unirá en la hora suprema!

Y entonces... de la esteril vida tuya, y de mi llanto han de pedirte cuenta: ¿de que oraciones hablarás, si al cielo sólo de amor las oraciones llegan?

¡De monja te han vestido! A despedirse mi voz el claustro temblorosa vuela, no la rechaces sí del mundo es eco, porque va el alma que te quiere en ella.

J. Rico.

LA LLUVIA

¡Al fin! decía ayer toda la gente al empezar las nubes á descargar fuerte y continuados aguaceros que inundaban las calles inmediatamente.

Y este ¡al fin! era el suspiro de los corazones oprimidos y angustiados ya tanto tiempo por la pertinaz sequía, que amenazaba sumir en la mayor miseria á infinito número de personas.

La cosecha se ha salvado de no sobrevenir alguna porcaena. El agua caída y la que se espera vuelva á caer, es más que suficiente para dar lozanía y pujanza á las ya casi agostadas siembras.

En cuanto los densos nubarrones que cubren nuestro horizonte, se deshagan completamente en benéfica lluvia y despejando el cielo dejen brillar el sol esplendoroso del Abril próximo, los campos adquirirán en poco tiempo el vistoso ropaje con que los cubre la estación florida, la Primavera, la más bella de las estaciones.

Demos gracias á Dios por sus bondades.

MINISTERIO NACIONAL

El popular semanario *A B C* ha obtenido un nuevo éxito con la candidatura para un Ministerio nacional.

El número de votantes ha sido de 113.939, de cuyas candidaturas se han anulado 1.029, quedando 112.910 votos útiles.

El resultado del escrutinio, verificado ante el notario D. Federico Plana, es el siguiente:

Presidencia.	
Canalejas.....	71.410
Salmerón.....	14.215
Montero Ríos.....	11.129
Silvela.....	10.210
Estado.	
Moret.....	46.229
Silvela.....	30.982
León y Castillo.....	23.676

Gracia y Justicia.	
Montero Ríos.....	42.680
Salmerón.....	21.589
Dato.....	17.120
Azcárate.....	15.189
Canalejas.....	12.021

Hacienda.	
Villaverde.....	76.339
Urzáiz.....	17.951

Gobernación.	
Romero Robledo.....	37.512
Dato.....	36.927
Canalejas.....	14.620
Maura.....	11.017
González (D. Alfonso).....	10.430

Guerra.	
Azcárraga.....	41.473
Weyler.....	32.011
Linares.....	18.970

Marina.	
Cervera.....	35.968
Sánchez de Toca.....	34.113
Maura.....	21.217

Instrucción pública.	
Azcárate.....	32.624
Conde de Romanones.....	31.910
Alvarez (D. Melquiades).....	21.212
Echegaray (D. José).....	17.510

Agricultura.	
Gasset (D. Rafael).....	41.587
Canalejas.....	37.858
Costa.....	23.513
Echegaray (D. José).....	16.111

RESUMEN	
El Ministerio nacional, es pues, el siguiente:	
Presidencia.....	Canalejas.
Estado.....	Moret.
Gracia y Justicia.....	Montero Ríos.
Hacienda.....	Villaverde.
Gobernación.....	Romero Robledo.
Guerra.....	Azcárraga.
Marina.....	Cervera.
Instrucción pública.....	Azcárate.
Agricultura.....	Gasset.

El Ministerio nacional, es pues, el siguiente:	
--	--

Al hacer el escrutinio no se han tomado en consideración más que los nombres que han resultado agraciados con más de 10.000 votos.

Presidencia.....	Canalejas.
Estado.....	Moret.
Gracia y Justicia.....	Montero Ríos.
Hacienda.....	Villaverde.
Gobernación.....	Romero Robledo.
Guerra.....	Azcárraga.
Marina.....	Cervera.
Instrucción pública.....	Azcárate.
Agricultura.....	Gasset.

Al hacer el escrutinio no se han tomado en consideración más que los nombres que han resultado agraciados con más de 10.000 votos.

¡VUELVE!
¡Vuelve! ¡Vuelve, Mimí! Todo te espera de nuestro amor en el risueño nido: el pájaro, delicia de tu oído, la paloma, que fué tu compañera.

El blando confidente, que lo era de la pasión más tierna que he sentido, y el pérsico almohadón, suave y mullido, que perfumó tu fina cabellera.

¡También te espero yo, que perdono resignado tu falta licenciosa... ¡Si no puedes querer, serás querida! ¡Yen! Todo llora aquí por tu abandono, ¡Vuelve, te necesito, niña hermosa; sin tí no puedo soportar la vida!

J. JURADO DE LA PARRA.

INVIERNO
SONETO

Ahuyentando las brumas del paisaje, la perezoza aurora que despierta, tímida alumbra con su luz incierta los árboles desnudos de follaje.

Mientras se alinea el húmedo plumaje sobre el zarzal marchito de la huerta, la bandada gentil triste concierta los arriesgados términos del viaje.

Ciérrase el melancólico horizonte sobre las crestas del cercano monte que esconde el remolino de la nieve.

Y del abismo en la tortuosa lince, acosando al rebano que se evade, prepara el buitre su festín rave...
RAFAEL OCHOA.

Segovia.
ESPEJISMO

Como va la sedienta caravana por la candente arena del desierto, caminando al azar, sin rumbo cierto, desfallecida por el sol que aplana, creyendo vislumbrar por la mañana, con el afán que el naufrago ve el puerto, el fresco oasis de verdor cubierto, del espejismo creación liviana,

y luego su esperanza se evapora, cuando la brisa de la tarde llega á borrar la visión engañadora; así la humanidad, en lontananza ve siempre un ideal, tras él va ciega y como es ilusión, nunca lo alcanza.

SANTIAGO IGLESIAS